



ENTREGA DEL XI PREMIO DE PERIODISMO 'JOAQUÍN ROMERO MURUBE'

Fuensanta Coves, presidenta del Parlamento de Andalucía
Sevilla, 30 de noviembre de 2010

Autoridades, señora Luca de Tena, señoras y señores.

Gracias por la gentileza de permitirme decir unas palabras, que serán breves, en un evento convertido hace tiempo en una relevante cita cultural y social de la ciudad de Sevilla.

Porque Sevilla es la palabra clave en esta noche. Una ciudad poliédrica, que resulta tanto “ámbito inigualable donde viven reunidos los ángeles, las musas y los duendes”, como lugar “difícil y desconcertante”. Y ambas definiciones las expresó la misma persona. Joaquín Romero Murube, quien a su vez fue “el falangista que lloró a Lorca”, en cita que debo adjudicar al hoy galardonado.

Por tanto, estamos ante una ciudad que es un misterio dentro de un enigma, como admiten hasta sus mejores doctores, quienes para definir a Sevilla recurren a una cosa y a la aparentemente contraria, pues en ambos polos habita a ratos, o simultáneamente, el alma de esta ciudad.



Pero no será quien les habla tan incauta de profundizar en este aspecto, cuando tantos expertos tengo a la vista.

El premio ‘Romero Murube’ que convoca Abc acopia ya una notable lista de galardonados. Once autores de toda índole, la mayoría de ellos –pues de momento sólo han sido hombres– no nacidos en esta ciudad, lo cual es otra evidente muestra del magnetismo de Sevilla.

Periodistas y escritores que han abordado a esta urbe, o a insignes personalidades locales, desde distintos puntos de vista. Es esto, las diferentes perspectivas, lo que llena de riqueza cualquier faceta. Ya sea la cultura, el periodismo, la propia vida, y, por supuesto, la política.

El pluralismo florece donde hay tolerancia. Sin ella, crece la mala hierba de los totalitarismos excluyentes.

La tolerancia es el sustrato agradecido, y sin duda el más fértil, para la labranza de ideas. Eso sí, requiere de manos que la cuiden, a veces que la protejan.

Ha sido la política, una actividad que no está hoy precisamente en sus mejores niveles de consideración, la generadora sin embargo de impulsos por completo imprescindibles para la tolerancia y la libertad.

Es inevitable recordar esta noche que un mes de noviembre, de hace justamente dos siglos, en la Isla de León, hoy San Fernando, las Cortes



aprobaban el decreto que por fin dotaba a España de libertad de imprenta. Nos liberábamos, por desgracia sería de manera temporal, del yugo que reyes absolutistas y la Iglesia imponían entonces al libre flujo de pensamientos escritos.

Aquél empuje inicial, y los posteriores, ha conformado una sociedad con máxima dosis de libertad de expresión, y algo menos generosa de tolerancia. Porque el grado de tolerancia se mide, no en el mullido entorno de los adeptos, sino en condiciones adversas, en contraste con las opiniones que no son como las nuestras.

Escribió Chaves Nogales que “en los periódicos las opiniones son importantísimas; pero lo importante es saber provocarlas”. Y así de brillantemente daba una lección: la de generar debate frente a aplicar doctrina. Lección por supuesto extensible a todos los que nos placeamos en foros públicos, sobre todo para aquellos que bajan al ruedo de las ideas protegidos con la creencia de su infalibilidad.

No son buenos tiempos para la duda, que se considera debilidad. Ni siquiera para el reposo de las propuestas, lo cual se califica de recriminable inacción. Hasta algunos creen que las ideologías han muerto, quedando todo al albur especulativo de esos tan fantasmales como omnipotentes mercados.

Mario Vargas Llosa expresaba, en este sentido, su pesimismo sobre la posibilidad de que, política y medios de comunicación, salgan de la noria del espectáculo para asentarse en las ideas. Creo que merece la pena este esfuerzo



al que nos emplaza el escritor. La tolerancia crece mejor desde las ideas que desde la improvisación.

Me comentaba el presidente del Tribunal Supremo, Carlos Dívar, hace unos días en el Parlamento, que la política es un arte y, remataba, “los políticos son unos artistas”. Por supuesto –señoras, señores– los presentes sonreímos de medio lado con educación, sin tener seguridad de que la frase no arrastrase cierta sorna.

A mi gremio, como al de la comunicación, el público no nos exige exclusivamente arte, sino en particular valor. El valor de la profesionalidad, de hacer honestamente nuestro trabajo, de cumplir las normas de la ética y el respeto al contrario. De aplicar la tolerancia sin tiempos muertos.

Se alza mucho la voz en las tribunas políticas, y se escribe usando bastante las mayúsculas.

Romero Murube sentía como música los viejos pregones callejeros de su infancia, de su Sevilla. Esa información cantada, cuyo eco rebotaba sin perder armonía en la vieja trama urbana de Híspalis. La pérdida de ese patrimonio le hizo lamentar que “ahora hay mucho más ruido que antes”. Lo cual, si me permiten su uso como metáfora, ocurre en muchos ámbitos.

Por fortuna, el jurado ha escogido un trabajo con el temple de la humildad de quien desea exponer su mero punto de vista; en el cual late la voluntad de su



autor, Alberto García Reyes, de enarbolar el respeto como argamasa de la Sevilla de este siglo, ya que en otras épocas no fue su mejor virtud.

El artículo de Alberto reivindica lo esencial, en este caso la obra que el poeta legó, y no lo accesorio en la creación, su ideología.

Estoy completamente de acuerdo en que, despojados de nuestros prejuicios, es cuando seremos capaces de ver que no hay verdades únicas. Que no hay tema sin varias perspectivas. Ni rival que no tenga aciertos.

Aplicando la tolerancia, el ruido descenderá en las tribunas, y se escribirá menos con todo mayúscula.

Lo que cuentas, te define; el cómo lo cuentas, te desnuda.

Enhorabuena, Alberto, enhorabuena al jurado. Y gracias por esta invitación que me honra.